



BLANCA CAPELO.

LEYENDA VENECIANA.

I.

No lejos del ángulo norte del palacio Ducal de Venecia, detras del puente de los Suspiros, y á la orilla de un oscuro canal que rara vez animan los rayos del sol, álzase un palacio de severa arquitectura, cuyas paredes ennegrecidas por el tiempo despiertan sin saber porque en el ánimo del viajero tristes y melancólicos pensamientos.

La puerta se abre en frente de un puentecillo tan triste como el edificio; el agua que corre por bajo aparece mas turbia y sombría que la de los otros canales; un silencio mortal reina en aquel solitario recinto, y su aspecto terrible se aumenta tambien con la oscura sombra que le produce el edificio de las Cárceles, que delante tiene.—

En los pasados siglos conocidos por la edad media, habitaba éste célebre palacio una familia patricia, la familia Capelo, y la casa que enfrente está se hallaba ocupada por los Salviati, nobles florentinos que habian establecido en ella su banco de comercio. Porque es bueno

advertir que en aquella época los italianos no participaban de la preocupacion de otros países, y las familias nobles no tenian á menos ocuparse en el comercio, y enriquecerse con él.

Un joven florentino llamado *Pietro Buonaventuri* acababa de llegar á Venecia para seguir el comercio en la casa de los Salviati, y gracias á la actividad y conocimientos quedó muy pronto encargado esclusivamente de la direccion de dicha casa.

El joven Pietro era extremadamente hermoso, de una talla elegante y esbelta; fisonomía expresiva, y una esmerada comportura en el vestir; tenía una rubia cabellera que cayendo en bucles sobre el cuello y frente hacia resaltar la blancura y delicadeza de su tez, y el brillante azul de sus ojos. Era en fin un muchacho muy propio para hacer perder la tranquilidad de los corazones.

Tenia la costumbre de colocarse por las tardes á la ventana para gozar de la fresca brisa de los lagos, y contemplar el resplandor de la luna, á quien solia saludar con apasionadas canciones acompañadas de la guitarra al estilo de su país.

Porqué tanto el viejo senador Capelo tenia una hija única, llamada *Blanca*, que era la esperanza de su vejez,

21 de Octubre de 1858.

y como tal, y con deseo de preservarla de seducciones, la guardaba con todo el afán que un viejo avaro pone en ocultar su tesoro. Unicamente los días festivos la permitía salir á la calle para asistir á la misa, y eso cubierta de un velo espeso, y escoltada por una nodriza antigua y su escudero.

Pero Blanca por desgracia no era ciega, y por entre las celosías de sus miradores habia visto un día á Pietro, su vecino. Desde aquel momento no hubo ya uno solo de reposo para ella; y noches y días le pasaban en un profundo tormento sin que todas sus infantiles ocupaciones ni sus ejercicios religiosos pudieran alcanzar á distraerla de aquella involuntaria fascinación.

Un día al atravesar los jardines de la Zucca para ir á la parroquia de la *Salute*, Blanca observó que Pietro la seguía, y observó tambien que al entrar en la iglesia Pietro se arrodilló á su lado sin dejarla un momento de mirar.

—Mi buena madre (dijo por lo bajo la joven inocente á su nodriza), mirad á ese joven que nos sigue; es el que amo, y me dejaré matar si mi padre no consiente en que sea mi esposo. —

La nodriza sobrecojada con esta exótica declaración quiso replicar, pero Blanca la interrumpió de nuevo diciéndola:

—Dejadnos solos, buena madre, porque él sabe que le amo, y yo sé que él me ama á mí; que hace quince días que me lo está diciendo con sus miradas; es preciso que antes que venga la noche concertemos como me ha de pedir á mi padre.

Estas palabras fueron dichas bastante altas para que Pietro pudiera oírlas.

—Blanca, exclamó dando un suspiro, antes que venga la noche iré á casa de tu padre á pedirle tu mano. —

Y diciendo estas palabras desapareció. Blanca llena de alegría siguió á su nodriza á la góndola que las esperaba, y regresaron juntas al palacio Capelo.

Pietro cumplió su palabra, y aquel mismo día pidió la mano de Blanca; pero el viejo Capelo á tal propuesta se entregó al mas violento furor, como quien bien sabia que aquel hombre que osaba aspirar á su hija no era mas que el dependiente de la casa Salvati, y de obscura nobleza y extranjera. Interrumpió, pues, bruscamente su demanda, y sin hacer caso de sus ruegos hizo que sus criados le arrojasen del palacio. Pietro entonces escribió á su amante suplicándola que aquella noche se encontrase á la puerta del palacio de su padre, porque tenia grandes nuevas que revelarla.

Blanca acudió á la cita sin consultar á sus guardas, escapándose del lecho á media noche, y viniendo á buscar á Buonarroti que la esperaba en el puente, sin siquiera cuidar del desaliño de sus vestidos y de lo arrojado de su conducta. Pietro al ver á Blanca se echó á sus pies, y asegurándola de su amor y de su constancia, la contó la negativa de su padre, procurando de consuno hallar medios de convencerle.

Pero las horas pasaban en esta conversacion animada, y ya las primeras luces de la aurora comenzaban á brillar, cuando un proveedor de la casa Capelo entró en ella y cerró la puerta que Blanca habia dejado abierta, con que impidió inadvertidamente á esta de poderse retirar, y la obligó á permanecer en compañía de su amante, triste y desaliñada, y espuesta á las miradas indiscretas de los barqueros que cruzaban el canal.

Pietro entonces encubriéndola con su capa la persuadió que le siguiese á Florencia, en donde su madre, rica y noble señora, segun dijo, les recibiria en la casa y les daría su amor y su bendición. Blanca no titubeó apenas, y se dejó conducir á una góndola, hasta que llenos de fati-

ga, de sustos y miseria arribaron á Florencia, donde Buonarroti depositó en manos de su madre á la noble veneciana Capelo.

II.

No pasaron muchos días sin que la crédula á imprudente Blanca reconociese su error, y llorase amargamente sus naturales consecuencias. Vió desgraciadamente que el tal Pietro era un miserable, y su madre pobre anciana de la mas baja condicion, incapaz de atender á sus mas precisas necesidades. Blanca se entregó entonces á la mas completa desesperacion, y torciéndose las manos y arrancándose el cabello no dejaba un instante de gritar. —Pietro, Pietro, me has engañado!

Pietro, como era consiguiente, se cansó muy pronto de estas lamentaciones, y entregándose para olvidarlas á una vida licenciosa, pasaba los días y noches en franca chela con sus camaradas, tomando antes la precaucion de dejar encerrada á Blanca con su madre.

Mas la casualidad quiso que un día regresando el duque de Florencia de una partida de caza, seguido de una lucida cabalgata en que iban todos los señores de su corte, al atravesar la plaza de santa Maria Novella viese á Blanca por entre las celosías de su ventana, y por el cuidado que ella puso en ocultarse llamó su atencion, resolviendo á todo trance saber quien era aquella misteriosa beldad.

Un señor español llamado Mondragon, confidente y favorito del príncipe, tomó á su cargo tan arriesgada averiguacion, y tal fue la maña que se dió, que á los pocos días pudo reducir á la madre de Pietro á que viniese á su casa con su hija con cualquier pretexto que inventaran.

Luego que llegaron al palacio de Mondragon, y que fueron introducidas en unos salones suntuosamente decorados, la madre, y el favorito dejaron sola á Blanca, advirtiéndola primero que todas aquellas riquezas eran suyas; y mientras Blanca embebecida con aquel fausto que le recordaba la casa de su padre, abria los tocadores, probaba aquellas galas y se miraba á todos los espejos que la revelaban su hermosura, un hombre apareció de repente en el salon, y lanzándose á sus pies la declaró que era el gran duque de Toscana Francisco, que sabia toda su historia, que estaba ciegamente enamorado de ella, y que se proponia dárle su mano y castigar la insolencia de Buonaventuri. Blanca sobresaltada pudo con grandes esfuerzos escapar de los brazos del príncipe, y regresar á su posada, cuidando de ocultar á su amante tan señalada aventura.

Pero el celoso servidor del príncipe Mondragon halló medio de ligar relaciones con Pietro, halagándole con una plaza en la Corte, y haciéndole conducir á ella á Blanca, ya esposa suya. Pietro embebecido en los honores y riquezas cortesanas, se entregó entonces sin freno á todos su desarreglo de vida, hecho un perdonavidas y como corriendo ebrio por las calles buscando pendencias, hasta que una noche en una de ellas fue muerto á estocadas sin que se supiera por quien.

Blanca en fin despues de un año de duelo hubo de ceder á las solicitudes de Francisco, y dándole su mano fue reconocida gran Duquesa de Toscana. El viejo senador veneciano, Capelo, sabedor de la alta dignidad á que la fortuna habia elevado á su hija, consintió en volverla á ver, y vino á Florencia con los Embajadores que la serenísima República de Venecia envió á complimentar al gran duque por su matrimonio.

Nada faltaba ya á la fortuna de Blanca. Su elevacion y su grandeza habia borrado de su imaginacion la memo-

Y *la* *de* *Pietro* *Merdadera* reina en nombre de su débil esposo, su orgullo y su fausto crecieron hasta tal extremo que el mismo pueblo que aplaudió su elevación, comenzó á suplicar al cielo que le librara de su tiranía.

Por desgracia el castigo de la providencia no se hizo esperar. El gran duque tenía un hermano Cardenal que se había opuesto con todas sus fuerzas á su casamiento, porque miraba asegurada en su propia persona la sucesión de la corona ducal.

Un día llegó el cardenal á Florencia, y Blanca que le temía hizo prepararle un magnífico festín en la villa de *Poggio en Caiano*. Aceptólo el cardenal, sombrío y receloso, y pasando con destreza al gran duque el mandar que Blanca le ofrecía, clavó los ojos en esta, y levantando una voz terrible exclamó.

—«Nadie salga de esta sala si quiere vivir mas. Acudan al socorro del gran duque Francisco á quien la veneciana Blanca Capelo acaba de envenenar con este manjar compuesto por sus manos.» —

Blanca estremecida de semejante acusación quiso desmentirla, lanzándola sobre el mismo que á él la dirigía; pero el cardenal y sus secuaces ahogaron sus voces, y entonces avalanzándose al plato fatal, devoró lo que restaba y lanzó el último suspiro al lado de su difunto marido.

El cardenal entonces tomó la corona que sus servidores le presentaron de rodillas, y púsola sobre su cabeza declarando que él era el legítimo heredero del gran ducado de Toscana, pues que la muerte acababa de arrebatár á su muy caro y amado hermano *Francisco de Medicis*.

LAS VENDIMIAS.

En todos los países donde se conoce la vid, y se obtiene de este precioso vegetal el licor generoso que alegra el corazón del hombre, el tiempo de la vendimia ha sido mirado como la mas solemne de las fiestas campesinas, y celebrado en la antigüedad con danzas y ceremonias religiosas.

No solamente se hacia esto para dar gracias á los dioses de un beneficio digno de toda su grandeza, sino por conservar la memoria de un descubrimiento que asegura al hombre el remedio de muchos males; bebida verdaderamente encantadora, cuya dichosa influencia sobre nuestras facultades físicas y morales, hizo exclamar á Horacio: «Tú ablandas los corazones mas duros, y descubres los secretos mas profundos; tu llenas de esperanza el corazón abatido, y das valor al cobarde; contigo desprecia el furor de los tiranos, y sus batallones herizados de picas.»

La vid y la civilización peregrinaron juntas, y los pueblos se apresuraban á ofrecer la hospitalidad á estas dos viageras, hijas del oriente. En este afortunado clima *Noé*, á quien la escritura llama *labrador*, fue el primero que plantó las viñas.

Lo que la Mitología refiere de Baco, de sus conquistas, y de las persecuciones que sufrió de parte de los hombres, cuya felicidad queria asegurar, someténdolos á sus leyes, debe considerarse como una noticia de la introducción de las viñas en los diversos países donde se cultivaba, como la India, Egipto, Grecia é Italia.

Los hombres que hicieron este presente á sus semejantes adquirieron los derechos mas incontestables á su reconocimiento; mas luego abusando de este beneficio se los consideró como enemigos del reposo público.

Diodoro de Sicilia explica así la fabula de Baco. El nombre de este célebre personaje, segun algunos mitólogos, no era otro que *colienne*, que quiere decir *racimo*; y en cuanto al hacerle nacer en Grecia, de una infortunada Semela, y darle por abuelo al Fenicio Cadmo rey de Tebas, no se vé oculta bajo esta narración alegórica la intención de añadir á los beneficios que el país habia recibido de su fundador, el descubrimiento del vino que el habia hecho, descubrimiento no menos precioso para aquellos pueblos, que el de las letras del alfabeto, de quien la Grecia, segun Herodato, le era igualmente deudora?

Dejando aparte algunos escesos que se cometieron entonces como en nuestros dias, y acarrearón á los que daban el mal ejemplo, el desprecio público, y las enfermedades que son siempre el fruto de la intemperancia; los hombres se habituaron poco á poco al uso del vino segun los preceptos de la higiene, y á no tomarlo hasta el extremo de embriutecerse y perder la dignidad de hombres, como acontecia al vencedor de Persia.

Para fijar al hombre en este grado de moderación, los legisladores y ministros de las religiones primitivas, con la mira de hacer á los hombres mejores, y de que no olvidasen la virtud, tuvieron mucho que trabajar para que su voz fuese oída de la báquica multitud, oponiendo á sus frívolos discursos los graves preceptos de la moral, y enseñándolos á preferir una vida exenta de escesos, y unos placeres honestos á los placeres peligrosos que estraviando la razón, hacian muchas veces clavar el puñal del asesino en el seno de un hermano.

En un tiempo en que la ilustración habia progresado poco, era necesario, al dirigirse á la multitud, poner el ejemplo al lado del precepto. Uno de los medios que mas contribuyeron á mejorarla fueron las escenas alegóricas, que dando á la celebridad de las vendimias el doble carácter de fiesta pública, eran lecciones instructivas para los que abusaban de los presentes de Baco. Tal fue el objeto de las fiestas llamadas *Bacanales* ó *dionisiacas* á pesar de los abusos, escesos, y monstruosidades que alteraron el candor primitivo de estas sabias instituciones.

Los sacrificios, las oraciones públicas, y las ceremonias en los templos y en los campos, señalaban el momento en que el cielo iba á dar á la tierra su mas bello presente. Los hombres y mujeres coronados de pámpanos corrían por las campiñas dando fieros ahullidos, haciendo ridículas muecas, y profiriendo palabras, que la buena moral prohibe, todo con el objeto de demostrar palpablemente el horroroso estado á que puede conducir el vino; mas como se abusase tambien de la libertad que se concedia en estos juegos, el senado romano dió un decreto aboliendo las *Bacanales*.

Antes de tomar esta medida; ¡que espectáculo tan animado ofrecían las bellas campiñas de Grecia y de Italia! Cuando conocían que la uva estaba del todo madura se dirigían á las viñas al son de los instrumentos y de los melodiosos coros que repetían los ecos lejanos. Separaban los dorados racimos del sarmiento que los habia nutrido, y colocados en vistosos canastillos eran conducidos al lagar. Allí se cantaban los versos de Theocrito y Anacreonte, mientras el mosto corría en las vasijas donde debía conservarse, y adquirir sus calidades preciosas.

Segun algunos viajeros parte de estas costumbres existen todavia en Italia, y mas particularmente en la moderna Grecia, en donde hay una danza llamada *Valaca*, en que se figuran todas las operaciones de los vendimiadores, y los domingos de setiembre y octubre, las familias de los aldeanos van á divertirse á las viñas, y á bailar delante de ellas.

Los antiguos usaban, como nosotros, mucha variedad en las viñas que plantaban; tambien se servian de emparrados, y muchas veces sostenian los sarmientos con las ramas del fresno y del olmo. Cuidaban de separar las diferentes clases de uva, no tan solo por la diferencia que puede establecerse al tiempo de su madurez, y que conduciría, segun Columela, á recoger el fruto tardío con el temprano, sino por el gracioso golpe de vista

que resulta de esta colocacion ventajosa que sorprende, y no se puede menos de mirar con placer.

Estos usos y prácticas que acabamos de referir se introdujeron en Europa con el cultivo de la planta preciosa que los motivaba; y en todas partes donde se cultiva la vid la época en que rinde su fruto sigue siendo señalada con alegres regocijos de las familias campesinas, y de muchas de las ciudades que corren á tomar parte en ellos.



ESTUDIOS BOTÁNICOS.

EL RICINO.

El Ricino, llamado vulgarmente *Palma cristi*, es un árbol bastante fuerte, de 25 á 30 pies de altura, de bella presencia por sus hojas anchas, abroqueladas y festoneadas como se encuentra en los países de la India y Berbe-

ria; pero cultivado en Europa no ofrece mas que una planta herbácea anual, cuyo tallo de 6 á 8 pies de largo es fistuloso, cilíndrico, de color garzo rojizo y que en una misma estacion se ve florecer y dar fruto. Las flores ocu-

pan la parte superior de los tallos y de las ramas donde estan dispuestas en un largo ramillete piramidal. Si se le abriga anualmente en la estufa, el tallo se robustece, y se hace leñoso; lo que prueba que no es una planta herbacea, sino en que el tallo y las raices perecen á fines de otoño, ó á principios de invierno. Como es de naturaleza de florecer y dar fruto, desde que tienen un año se le aumentan los granos.

Las semillas del Ricino se componen de una sustancia blanca, compacta y lechosa, parecida á la de las almen dras. Contienen en abundancia un aceite craso y dulce que se saca facilmente, sea por presion, ó por infusion en el agua hirviendo. Es de notar que las calidades emul sivas, aceitosas y dulcificantes de estas semillas pertene cen exclusivamente, al tegumento que envuelve al embrion, el cual parece contener sus calidades acres, hirritantes y nauseosas, que gozan de propiedades me dicinales muy diferentes, segun conservan ó no este órgano central esencialmente venenoso, al cual de ben la propiedad de excitar el vómito, de ser un pur gante activo, y de alterar é inflamar ciertas partes de la membrana mucosa recobrando su disposicion digestiva. Muchos observadores dignos de fe atestiguan haber visto resultar los accidentes mas funestos y aun la muerte de algunos sugetos que habian tragado dos ó tres granos enteros.

El aceite de Ricino se prepara mas particularmente en las Indias orientales y occidentales, en los Estados Unidos, y en el Mediodia de Europa. Fue conocido de los antiguos que lo empleaban bajo el nombre de *Oleo-ri cino*. Como el aceite del embrion sale con mas dificultad que el del pericarpio, no se deben someter las semillas del ricino mas que á una presion moderada, ó bien su mergiéndolas en agua caliente para obtener su aceite; que viene luego á nadar en la superficie del liquido, muy dulce y semejante al de las otras substancias emulsivas. Cuando por el contrario se aprieta fuertemente, el em brion precisado á ceder sus principios acres y venenosos contracta sus propiedades corrosivas, y constituye uno de los purgantes mas violentos y mas peligrosos que se co nocen. El aceite dulce de Ricino esta recomendado espe cialmente para muchas enfermedades sean agudas ó cró nicas, y sobre todo en las afecciones verminosas contra las cuales ha probado bien: se puede tomar solo con azu car, jarabe, limon, ó cualquiera substancia aromática agradable. Muchas veces se le añade la mitad ó la cuarta parte de su peso de yema de huevo ó de goma arábica y se hace de él una emulsion que se dulcifica convenientemente. Ademas, las hojas del Ricino parece tienen cua lidades emolientes y dulcificantes, luego que estan ligera mentesecas se las aplica algunas veces á las articulaciones para calmar los dolores de la gota; á la cabeza para disi par la jaqueca, y al vientre para mitigar los cólicos.

El aceite de Ricino arde tambien en las lámparas; y un autor refiere que los habitantes de la India lo mezcla ban con la cal apagada, y servia para blanquear las ca sas, los navios y las maderas expuestas al aire, añadien do que esta argamasa la empleaban tambien en la cons trucción de cisternas, estanques etc., llegando con el tiempo á hacerse tan sólida como la piedra.

SOCIEDAD

PARA PROPAGAR Y MEJORAR LA EDUCACION DEL PUEBLO

INSTALACION DE LA JUNTA DE SEÑORAS.

El Domingo 14 se celebró en el salon del colegio de sordo-mudos una reunion de las señoras que se han ins crito hasta el dia en esta sociedad, con el fin de pro ceder al nombramiento de las que habian de componer la junta que segun el artículo 5.º de las bases constituti vas de la misma debe tener por objeto el mayor cuida do y mas eficaz inspeccion de las escuelas. Presidió la reunion el Excmo. señor Presidente de la sociedad acom pañado de los señores Secretario y Vice Secretario ge nerales, y fueron elegidas las señoras signientes.

Para Presidenta.

Excma. señora duquesa de San Fernando.

Vice Presidenta.

Excma. señora marquesa de Malpica.

Secretaria.

Señora marquesa de Valdejema.

Vice Secretaria.

Excma. señora condesa de Ezpeleta.

Excmas señoras duquesa viuda de Gor. y duquesa de Gor.

Sras. Doña Jacoba Coreuera de Tutor.

Doña Manuela de la Fuente de Iglesias.

Doña María Jimenez de Vallejo.

Doña Ramona Aguirre y Rosales.

Doña Virginia Montesinos.

Doña Ignacia González Alonso.

Doña María del Patrocinio Chacon Manrique de Lara.

Doña Fernanda Bardají de Cano Manuel.

Doña Margarita Jimenez de Cheli.

Doña Mercedes Villaurrutia de Ramirez.

Doña María Gleofe Huerta, viuda de Garreta.

Doña Josefa del Valle.

Doña Isidora González Alonso.

Doña Paula del Acebal y Arratia.

De estas 16 señoras las ocho primeras compondrán con las señoras Presidenta, Vice Presidenta, Secretaria y Vice Secretaria la comision de inspeccion de escuelas.

S. M. la reina Gobernadora se ha dignado no sola mente permitir que su real nombre y el de nuestra au gusta reina vayan al frente de la lista de Socios, como Patronas y protectoras de la sociedad, sino tambien sus cribirse por cien acciones, subiendo en el dia los suscri tores á mas de 500 por mas de 1200 acciones de á vein te reales anuales.

EL JAQUE DE ANDALUCIA.

Málaga.

Tibio el sol, en occidente
su llama trémula hundia,
y con celajes de grana
velaba su faz rojiza.
No quedaba de su hoguera
sino una luz blanquecina
que débil el horizonte
de su confín despedía.
Y lánguida en las arenas
del pérfido Aguár-medina
dibujando falsamente
los objetos, se tendía.
Cruzaban el ancho cauce
por varias opuestas vías
los fatigados obreros
que dejaban la marina,
pensando groseramente
en solazar sus fatigas,
los unos en la taberna
con vino, pan y coquinas,
entre gitanas, beodos
porrazos y algarabía;
los otros con mas moral
con su mujer y familia,
y algunos no tan morales
en casa de la... vecina. --

Tendió la noche su manto
y asomó entre la neblina
la luna pálida y triste
reflejando en la campiña
sus moribundos destellos
que lánguidos se perdían. --
Quedó desierta la playa
el Espigon, la Cortina,
y solo allá en el Campillo
entre las sombras se vía,
apiñados, platicando
de tunos una cuadrilla.
No hay ningún hombre de bien;
todos son gente de chispa;
y como dice el refrán
toda gente sin camisa.
Hay ladrones, gariteros,
hay gente de la marina,
tramposos, pillos, fulleros,
chulos y contrabandistas,
y entre ellos también se cuenta
el jaque de Andalucía. --

Allí estan como ellos mismos
sentados junto la hermita
donde ha tiempo se venera
el Cristo de Zamarrilla. --
Cada cual cuenta animoso
las hazañas de aquel día,
las milagrosas empresas,
las estafas peregrinas
que sin conciencia cargaron
del prójimo en las costillas,
y se ríen, y se aplauden
y otras nuevas se meditan. --
En medio de aquella zambra
callado permanecía
el jaquetón andaluz,
la preza de la pillería,
tan cobarde como el solo,
encerrado en sus patillas,
escuchando con desden
aquella gente perdida
que se alababa de cosas
tan tribales y mezquinas
que por su poco valor
nombrarse no merecían.
Así estuvo indiferente
escuchando valentías,

y mirando de reojo
perdonándoles la vida,
hasta que al fin uno de ellos
en ademán de homicida
tirándole un monterazo
le sacó de sus casillas. --

--¿Que tienes, Diego Jimenez,
que estás hecho un alcornoque? --
Muchaz ganaz de llenar
un sementerio con hombrez,
que disparan monterasos
y que, como tú, dan cozes --
Vamos que será algo menos --
Ni menoz ni maz, ya lo oyez;
librate Juan si me amozco
te llene el cuerpo de azotes,
ó que te saque el bautismo
de un tirón por loz talonez. --
Terrible estás, Diego. --

--Y mucho;
que voy á dinar un bote
en la fila aunque sea á Cristo
si alguno piensa esta noche
pisarme el bulto; ¿lo entiendes? --
Sí que te entiendo: pero, hombre,
Estás tan serio... ¿que tienes? --
Juanillo, ya me conoces. --
¿Tienes muermo? --

--Tengo; ¡Sangre! --
--Tercianas? --
--No --

--Mal de amores? --
--¡Ay Juanillo! -- dijo el Jaque
sacando de los pulmones
un muy ardiente suspiro. --
--Ezo tengo, y esta noche
no va á quedar en el suelo
en cuanto suenen las dose
ni santos, ni querubinez,
ni angelitos, ni angelotez. --
--Pues quién te acribilla el alma? --
--La Currilla Perdigones --
--Ese escuerso con refajo,
que por darme en los rigotez
se casó por la mañana
sin decir orte ni morte,
y esta noche ez el bodorrio. --
--Pero con quién? --

--Con Blas Lopez. --
--Con Blas Lopez el torero? --
--Sí señor, con ese podre. --
--Y que intentaz? --

--Yá se vengarme
aunque le peze á San Cosme. --
--Y como te haz de vengar? --
--Juanillo!, ya me conoces.
Ya sabes tú que en disiendo
Jimenez, ole con ole!
se lleva detraz loz marez
y se le humillan loz montez. --
--Verdá. --

--Pues quiero robarla
y quiero también á Lopez
enviarle á comer jollín
á loz infernoz de un golpe. --
--Despasio con lo que piensas;
por que mira que Blas Lopez
le pinta un jabeque al sol
si en la chichi se le pone. --
--No importa; que yo me almuerso
como Lopez treinta hombrez,
si tiro del saca-buche,
y escupo, y me cuadro, ¿lo oyez?

--Y como lo vas á hacer? --
--De una manera que asombre.
Ya sabes tú que acostumbra
ese hombre todaz laz nochez
salir á ver el ganao
al punto que den las dose,
y despuez que lo revisa
se vuelve y por loz tablonez
pasa el rio: necesito
para que salga conforme
la operacion y miz planez
de vosotroz diez ó dose.

¿Oz convenis?--

--Pero ¿y qué es chupar el
hemos de hacer con Blas Lopez?--
--Una friolera. Esperarle en el
al fin de loz callejones, le voy a
y al pasar, sale cualquiera a
le dá mulé, y pater-noster--

Entonces de la cuadrilla
se alzarón vagos rumores
preguntando por lo bajo
de aquella vida el importe,
hasta que dijo Juanillo.

--Pero Diego, no conoces
que estando de fiesta y boda
tal vez no saldrá esta noche?--

--Y por qué no, esgalichao?
¿lo he dicho yo? ora por nobis,
lo tiene por penitencia

y ya sabeiz que Blas Lopez
en este punto ez cristiano--

--Ez verdá.--

--Puez bueno--

--Entonses,--

quien le ha de diñar mulé?
--Cualquiera: quince doblonez
como un sol le entrego al punto

al que le aferre el cogote.--

--No hay mas que hablar, yo me encargo--

--Que quede sentao del golpe--

--Si quedará espierrabao--

por el Cristo que nos oye--

--Lo que queda lo haré yo--

en cuanto suenen las doce--

Dijo; y terciando la capa
y recogiendo el estoque
se salió de la cuadrilla,
y entre las calles perdióse--

Triste y sola está la calle
que de Los mármoles llaman,
capaz de asustar al miedo
si el miedo por ella pasa.

Es una calle sombría
que ni es estrecha ni es ancha,
pero en cambio es mas que todas
gibosa, torcida y larga--

Cerca está la media noche
y los vecinos descansan,
ó cuando menos están
para meterse en la cama;

porque ni luz, ni otra cosa
asoma por las ventanas,
y rejas, y miradores
y puertas están cerradas.

De una casa solamente
sale rumor, algazara,
y de tal modo el bullicio
con el silencio contrasta

como si fuera un entierro
con violines y guitarras,
Aquí se descansa y duerme,
allí se canta la caña,

aquí soledad, silencio,
allí se rompen las tabas
con la cachucha el bolero
y sin tino se emborrachan;

y así los unos durmiendo
y los otros de jarana,
sin querer y sin pensar
el mundo á la vez retratan;

pues en tanto que unos duermen
ó velan, piensan ó rabian,
otros cantan, beben, gritan,
gozan, y sudan y danzan--

En esto dieron las doce
en una torre cercana
y poco despues la puerta
de la casa en que cantaban

se abrió crujiendo, y salió
un hombre envuelto en su capa--

--A Dios Blas--dijo una moza
que se asomó á la ventana--

--Que vuelvas pronto, mi vida,
porque te espero con ansia--

--Currilla, al instante vuelvo--

--Que no te olvides si pasas

por los tablones pelorio,
que hay mala gente--

--Descansa A Dios--
que llevo aquí mi trabuco
que despabila las almas
lo mismo que un padre cura
A Dios--

--El contigo vaya--
Y por la calle adelante

Siguió Blas Lopez su marcha--
siguió tambien la funcion,
el estruendo y la algazara,
el ruido de castañuelas,

el baile, el vino y las cañas--
Siguiéron tambien su música
las destempladas guitarras,
y las voces del festejo

que hasta la calle llegaban--
Unos gritan--Salero!--Otros--
Juanilla, por qué no cantas?

Otros--vino!--Otros--dale!--
Otros--Curra!--que me matas!

Y algunas veces salian
todas juntas las palabras,
formando con sus acentos
estrabagante ensalada--

Bien, Señor!--
--Ahí van sardinas--

--Oh!--
--Otra cañita, mi alma--
--Que se me sale el zapato--

--Juanilla, bien!--
--¡Vino!--
--¡Vaya!--

--¡Otra vuelta!--
--Bien!--

--ya está--
--Hasta que se hunda la casa--
--Vaya una ronda de mosto--

--Vaya la espuela--
--Pues vaya--

Y con tales alborotos,
con tales dichos y zambra,
no pudieron escuchar
aunque á muy corta distancia

el estallido de un tiro
ni el Ay! que alzarón las ansias
de alguno que sobre el polvo
quedó con cuerpo y sin alma--

En tanto el festin seguía
y con mas furia las cañas
y las voces, y el estruendo
y las palabras profanas,

cuando detras de una esquina
un hombre, que en ella estaba
esperando largo rato,
salió terciando la capa

sobre el hombro, y recatando
con el embozo la cara--

--Ya estará en el otro mundo--
murmuró el hombre fantasma--

--Ea! valor, tuya es la noche;
no esperes mas! ¿á qué aguardas?

Y con esto se acercó
á la puerta de la casa
donde estaba á la sazón
el baile, y tocó la aldaba--

Quien és?--
--Yo--

--Eres tú, Blas?--
--Si--

--Pues toma la llave, mi alma--
Y á la calle la arrojaron

desde una angosta ventana--
El hombre la recojió
con aparente cachaza,

y con ella abrió la puerta,
y sin saber por qué causa
dejó la llave metida
por defuera en la cerraja--

Subió con paso inseguro
la escalera de la casa,
y atravesó un corredor,
y al fin se puso en la sala

donde estaba al parecer
el objeto que buscaba--

Al verle, todos quedaron
cual si vieran un fantasma,
sin accion, sin movimiento,
como si fueran estatuas--

Dejaron el pie en el aire
las parejas que bailaban,
callaron á un mismo tiempo
las mal sonantes guitarras;
y la ruda algaravía
de aquellos que alborotaban,
y las canciones quedaron
ahogadas en la garganta.—
—Compadre! ¿quien es u té
y qué quiere en esta casa?
dijo uno desde un rincón
de los de mas mala fama.—
—Yo zoy, contestó al momento,
Diego Jimenez, de Málaga,
que viene con el trabuco
á daroz mulé, canalla!—
—¿Afuera! gritaron todos—
tirarlo por la ventana!—
—No harán tal, porque lez dejo
como yezca las entrañas.—
Y en esto tiró el embozo
y al suelo despues la capa,
y descubrió no iba solo,
que llevaba en su compañía
un trabuco narangero,
dos puñales, dos navajas
y dos pares de pistolas
asidas á la canana.—
—¿Ay de aquel que se menée!—
dijo sonando las armas.
—¿Ay de aquel que ezcupa, ó mire!
Jezucristo! mal lo paza!
que le he de sacar laz tripaz
y ahorcarlo con la maz larga.—
—¿A la calle!!!—
—Sonsoniche!—
—Pues qué busca usted en mi casa?—
dijo la novia saliendo
debajo de una canasta.—
—A uzté la buzco, mala hembra!
sin vergüensa y sin palabra.
¿Quién le manda á uzté casarse
y despreciar mi calaña?
¿No sabe uzté que Jimenez
ez una fiera, so plasta?—
—¿Y no sabe usted Jimenez
que me casé esta mañana
porque.....—
—Por qué, so pelona?—
—Porque me dió la real gana.—
—Ay Dios mio! que julepe
va á llevar ezta muchacha!—
—Marchese usted so espantajo
que parece usted una tranca.—
—Uzté una mómia parese
con esa cara tan lásia.—
—Vayase usted, mala sombra,
al instante de mi casa
porque vendrá mi mario,
y le saldrá á usted á la cara.—
—Qué ha de venir? malos mengues
le tajelen las entrañas!
Póngase uzté bien con Dios
ó póngase uzté la saya
para venirse conmigo
á donde quiera llevarla.—
—Quien, yo?—
—Si—
—No puede ser
ni lo uno ni lo otro, mandria!—
—Pues quien ze opone?—
—Nosotros!!—
gritaron los de la zambra
apurada la paciencia;
con tantas baladronadas.
—Vosotros, malaz gallinaz
sé me os venis á laz barbaz!
Pues resar cincuenta creos
y encomendaroz el alma.—
—De esta suerte!!—y todos juntos
hácia Diego se adelantán,
y al irle ya á acometer
y á hacerle el pellejo rajas,
Blas Lopez apareció
en la puerta de la sala.—
—Qué es esto?—dijo acercándose
hácia el tumulto.—
—Qué pasa?—
Y al verle Diego Jimenez
tiró en el suelo las armas,

y tapó con una mano
lo que pudo de la cara,
y con la otra hizo la cruz
y á Lopez en fin demanda.—
—Yo te pido por el nombre
de la virgen soberana,
que te vuelvaz, sombra trizte,
del otro mundo á la estansia,
y que dejes á Jimenez
que siga teniendo calma
ziquiera por los cuartilloz
de Valdepeñaz y Málaga
que echamos en otro tiempo
en la tienda de Colasa.—
—Está usted matagarnó?—
le dijo Lopez con rabia.
O es usted compadre mio
el que ha dispuesto la hasaña
de que al salir esta noche
entre dore me mataran,
que si no es por mi trabuco
acaso no lo contara?—
—Con que estaz vivo, Blas Lopez?—
—Vivo estoy en cuerpo y alma.—
—Puez, Señor, yo no se maz,
(dijo, tomando las armas
y en ademán de escurrirse),
que lo que tú me relataz.
Con que—pasar buena noche,
divertirse, hazta mañana.—
—Espera! repuso Lopez
asiéndole de la capa.—
A qué has subio tu aquí?—
—Por.... ya lo sabráz mañana.—
—No; ahora mismo.—
—Puez hombre,
haz de saber que pasaba
por la calle á una eligencia,
sentí que había jarana
y subí.... ¡por estaz crucez!
á oír cantar una caña:—
—Que miente!—gritaron todos.—
—Señor! ¡por santa Escolástica.—
¿quién te abrió la puerta?—
—Yo.—
dijo la novia asustada—
porque finjó que eras tú,
y le eché por la ventana
la llave, y subió hasta aquí
para insultar á la sala.—
—Esaz tenemoz, compadre?
—Blas Lopez, ez una chansa.—
Es una chanza? ¡pues toma!—
y le tiró una puñada
que le saltó cuatro dientes,
le deshizo la quijada
y le dejó las narices
por toda la vida chatas.—
—Ay, Blas Lopez! tiene uzté
muy poquisima criansa!—
dijo Diego incorporándose
y sacudiendo la capa.—
Pero mañana habrá luz....
¡ya noz veremoz mañana.—
—Pues toma por esta noche!
y le asentó una descarga
de moquetes tan bien dados
que le hizo rodar la sala.—
—Díoz mio!! sacarme pronto
de entre esta gente tan basta,
que si no van á morir
y el matarlos me da lástima.—
—No hay de qué—contestó Lopez:
vas ha salir y sin gana.—
Y á una seña le cercó
aquella junta sin alma,
y le alzaron todos juntos
como al que llevan en andas,
y despues dieron con él
á una voz por la ventana.—
Quiso volar el maton,
pero no encontró las alas,
y tuvo por precision
que bajar con mala gana
de cabeza hasta la calle,
y diz que cuando bajaba
entre ahogado iba diciendo
«ya nos veremos mañana!»

T. R. RUBI.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

Ayuntamiento de Madrid